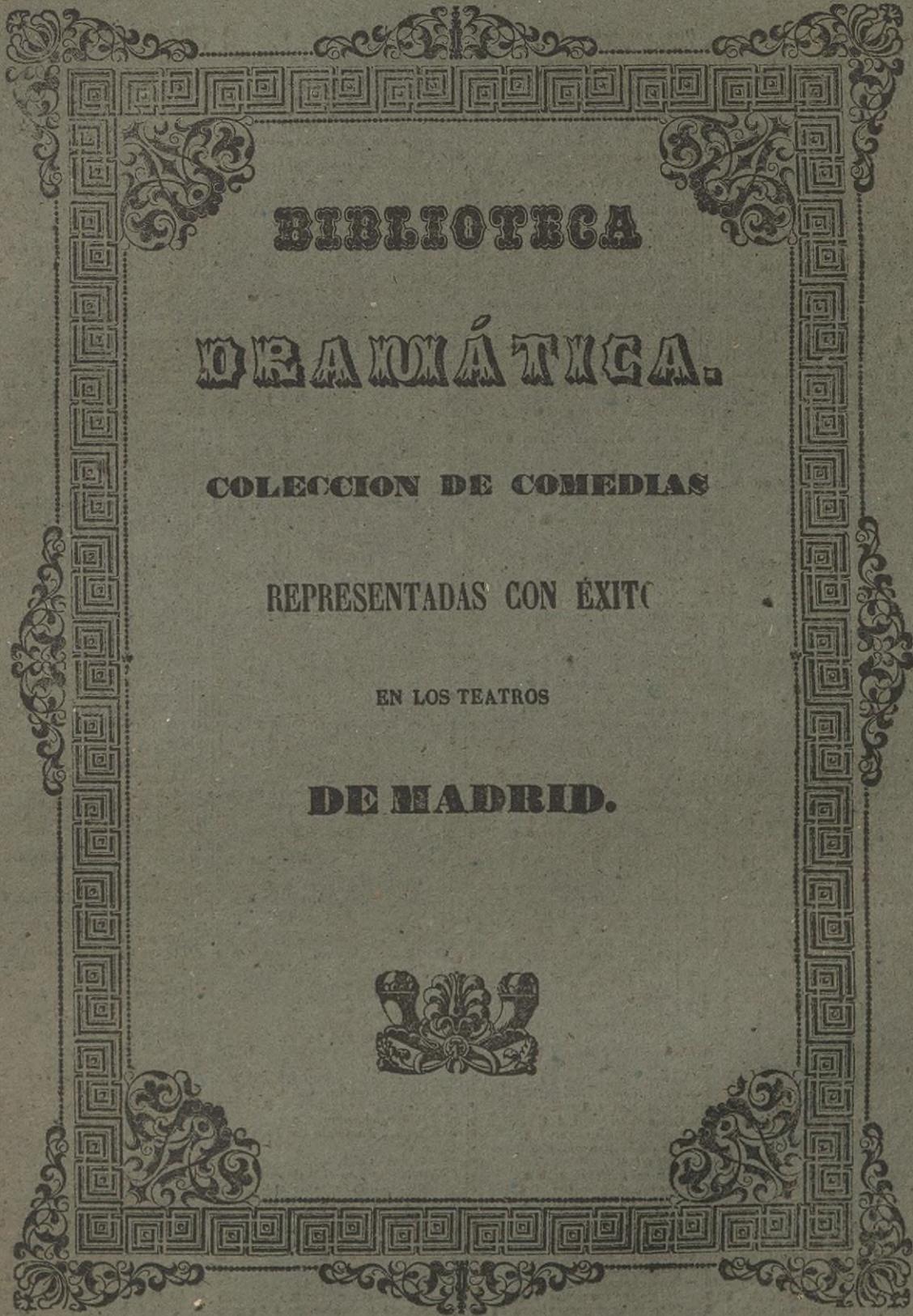


Oct 27 / 17



**BIBLIOTECA**

**DRAMÁTICA.**

**COLECCION DE COMEDIAS**

**REPRESENTADAS CON ÉXITO**

**EN LOS TEATROS**

**DE MADRID.**



6637

L47 - 9455





# LA CASA DE TODOS.

Comedia en tres actos y en prosa, original de D. EMILIO CAZORLA, representada con extraordinario éxito en el teatro del Príncipe, el día 24 de diciembre de 1865.

## PERSONAJES. ACTORES.

- ADELA..... Doña Cándida Dardalla.
  - ROSARIO..... Doña Matilde Serrano.
  - DOÑA ANGELITA..... Doña Felipa.
  - D. LEON..... D. Mariano Fernandez.
  - LUIS..... D. Eduardo.
  - SILVESTRE..... D. Ramon Benedi.
  - PABLO..... D. Carlos.
- Criados y mozos de labranza.

La acción pasa en una casa de campo en las cercanías de un pueblo de la Mancha, año de 186...

## ACTO PRIMERO.

Huerto. En primer término á la derecha un pabellon que comunica con la casa, cuya fachada se vé en segundo y tercer término. A la izquierda, en primer término, gran árbol, al pié del cual hay una mesa y sillas. Anochece.

### ESCENA PRIMERA.

D. LEON y CRIADO.

(Al levantarse el telon aparece D. Leon dando órdenes y los criados disponiendo la mesa.)

LEON. (arreglando el mantel.) Vaya... no hay que atropellarse; sobre todo, orden. (á un criado.) Tú, Perico, tira un poquito de eselado... no tanto, no tanto... Apartarse. (dando vueltas alrededor de la mesa para ver si el mantel cuelga igualmente por todos lados.) Eso es; vengan ahora los platos, botellas, servilletas... (los criados corren en tropel para traer los objetos que enumera D. Leon.) Eh!... cómo os he de decir que quiero mucho orden! Despachito... colocarlo con simetría... eso es. Veamos el efecto... (separándose y separando á los criados de la mesa.) Ajá! Magnífico! Una cena al campo raso, no deja de tener sus atractivos. Ahora vamos á ver si recordais mi lección. Ya conocéis cada uno de vosotros vuestro oficio, y el lugar que teneis que ocupar. Quiero que probeis que estais acostumbrados á servir á todo un caballero. (á un criado.)

Quando los convidados entren, tú, te colocarás detrás de mi silla, fuera las manos de los bolsillos; y tú, (á otro) bárbaro, no te rasques la cabeza. Una vez sentados á la mesa, nos oireis hablar, pero sin mezclaros en la conversacion. Cuidado con reirse cuando yo cuente alguna historieta! Tú, servirás el vino, tú el agua...

## ESCENA II.

Dichos y DOÑA ANGELITA.

ANG. Todos fuera! (con imperio.)

LEON. (Aquí fué Troya; mi mujer!)

ANG. Qué haceis aquí todos, brazo sobre brazo?

LEON. Les estaba enseñando...

ANG. Qué?

LEON. La táctica de la mesa.

ANG. Pues ya se acabo la táctica, y váyase cada cual á cumplir con su obligacion.

LEON. Pero...

ANG. Nada, no me repliques, todos fuera. (vanse los criados.)

LEON. Sea todo por Dios.

ANG. Eres muy original; siempre consagras tu atencion á lo mas inútil é insignificante! De qué te sirve enseñarles á los criados eso que tú llamas táctica de la mesa, cuando tu futuro yerno, y el que le acompaña, como gente que habitualmenie reside en Madrid, estaran al corriente de todas las modernas exigencias de la moda? Pues apenas tendrian que reir con la táctica del año ocho!

LEON. No me importa; yo creo que el hijo de mi antiguo compañero de armas, estará educado segun nuestras antiguas costumbres, y así le debe gustar, como á mí, todo lo viejo. Los amigos, los libros, el vino y hasta la mujer, cuanto mas viejos, mejor.

ANG. Eres muy galante. Has creido por ventura que como tú, soy algun vejestorio?

LEON. Pues qué edad tienes, hija mia?

ANG. La cuenta está muy clara; me casé á los veinte años y estamos casados otros veinte, conque suma si sabes.

LEON. Justo: (como recapacitando.) veinte y veinte, cincuenta y siete.

ANG. Eres un imbécil!  
 LEON. Concedido; pero eso no prueba que tú tengas razon. Yo no te niego que cuando te casaste con tu primer marido, tuvieras veinte años; lo que si afirmo es, que cuando tú viniste á mi poder, ó mejor dicho, yo al tuyo, ya habias doblado la cantidad; ó sino, dime, qué edad tiene tu hijo Silvestre?  
 ANG. Silvestre es aun una criatura...  
 LEON. Silvestre!  
 ANG. Y la prueba la tienes, en que aún no está desarrollada su inteligencia.  
 LEON. Ni lo estará nunca; eso yo te lo fio.  
 ANG. Y qué? Silvestre no necesita para nada su inteligencia, con quince mil reales de renta.  
 LEON. Es claro; para ser bruto, lo que se necesita es tener estómago.  
 ANG. Eso que tú llamas brutalidad en Silvestre, es propio de todos los niños.  
 LEON. Un niño! (Si me la querrá hacer tragar á mi también!)  
 ANG. Es menester ser condescendiente, pues eso con la edad les pasa.  
 LEON. Yo le pasaria de parte á parte. Pues vaya unas gracias las del niño! Asustar á los criados, martirizar á los gatos, talar mis plantas; y ayer, sin ir más lejos, atar mi peluca al respaldo de mi sillón, cuando estaba hablando con el señor cura, sobre uno de los artículos de *la Regeneracion*; y en lo mas grave de la discusion, al querer levantarme, casi no le rompo la crisma al señor cura.  
 ANG. Falso! Tú le tienes odio y mala voluntad!  
 LEON. Yo no le tengo nada; solo sé que es un zángano de colmena, y que á este paso Dios sabe dónde irá á parar.  
 ANG. Pues eso á tí nada te importa; no quiero discusiones.  
 LEON. Ni yo tampoco.  
 ANG. Tú cuida de tu hija.  
 LEON. Así lo hago; pero al mismo tiempo no quiero tolerar las barbaridades de tu hijo.  
 ANG. Te digo que calles.  
 LEON. Pues hombre, no faltaba...  
 ANG. Silencio! (*enfurecida.*)  
 LEON. No quiero. (*con timidez.*)  
 ANG. Callas? (*amenazándole.*)  
 LEON. Pero, Angelita... (*con humildad.*)  
 ANG. Leon, no me repliques. (*Silvestre se deja caer desde una ventana del piso bajo de la casa, de la cual debe estar todo lo mas cerca posible D. Leon.*)  
 LEON. Ay!... Ese es tu hijo; ese es el niño. (*viéndole.*) Mirale; el modo de anunciarse no dejaba lugar á dudas.

### ESCENA III.

*Dichos y SILVESTRE.*

ANG. De dónde vienes? (*acariciándole.*)  
 SIL. De la despensa; no he encontrado la llave.  
 ANG. Picarillo!  
 LEON. Mire usted qué gracia!  
 ANG. Qué, tienes apetito?  
 SIL. Tengo hambre.  
 ANG. Pero si acabamos de comer.  
 SIL. (*se dirige á la mesa y empieza á revolver.*) No hay nada.  
 LEON. Esto es inaguantable. Vuelta á arreglarlo. Quitate de delante.  
 SIL. No me da la gana.  
 LEON. A que te rompo el bautismo?

SIL. A qué no? (*mostrándose en actitud hostil.*)  
 LEON. Será capaz de atropellarme... No ves esto, mujer?  
 ANG. Vamos, Silvestre...  
 SIL. Es que el tío Leon es muy... Pues conmigo que no juegue, porque...  
 ANG. Vamos, vamos... Dí, dónde vas ahora?  
 SIL. Al casino.  
 LEON. A jugar.  
 SIL. A lo que me dá la gana.  
 ANG. Ah! no; lo que es esta noche no sales; está muy oscura y tienes la obligacion de aguardar y recibir á los forasteros.  
 SIL. No faltaba más! Me están esperando el albéitar, el médico y el organista...  
 ANG. Pues falta esta noche á tu palabra.  
 SIL. Faltar á la palabra es lo de menos, pero no quiero estar aquí.  
 LEON. Lo quieres mas claro?  
 ANG. Pues no irás.  
 SIL. Pues sí que iré.  
 ANG. Te digo que no irás.  
 SIL. Yo digo que iré, pero despues de cenar. (*escapando entra en la casa.*)  
 ANG. (*detrás de Silvestre llamándole.*) Silvestre! Silvestre! (*entra en la casa.*)  
 LEON. Sí, échale un galgo. Vamos á arreglar lo que falta. (*vase detrás de Doña Angelita.*)

### ESCENA IV.

*ADELA y ROSARIO por el fondo.*

ROS. Ya no deben tardar mucho los viajeros.  
 ADE. Así lo creo.  
 ROS. Y tú, le conoces?  
 ADE. No; únicamente sé que uno de ellos es mi marido en ciernes.  
 ROS. Tu marido?  
 ADE. Sí, Luis Romeral.  
 ROS. Romeral? Ese es el amigo íntimo de Pablo.  
 ADE. De tu novio?  
 ROS. Sí, y ahora sospecho que vienen juntos, pues tengo carta suya en que me dice que hoy llega.  
 ADE. Y tú conoces á Luis?  
 ROS. Sí, y tú debes conocerle también. Cuando estuvimos en Madrid, no recuerdas aquel jóven tímido que algunas noches solia ir con Pablo á casa de mi tía Petra?  
 ADE. No, no recuerdo.  
 ROS. Pues es el hombre mas original que puede darse. Con las mujeres de buena sociedad y de reputacion intachable, es lo mas cobarde que existe; pero en otro terreno, cambia por completo su carácter.  
 ADE. En efecto, es singular. Pero qué hacer? Dejar obrar al tiempo, y ello dirá. Y tú, dí, cómo van tus amores?  
 ROS. Chica, la tiranía de tu madrastra y mi tutora, me es de cada día mas insoportable.  
 ADE. Lo creo; pero yo pensé que desde que ha tomado la costumbre de hacer el amor en tu nombre á Silvestre, te habia otorgado mas libertad.  
 ROS. Pues nada de eso. No hace una hora que acaba de dirigirme la cotidiana arenga, ponderando los atractivos de su hijo. Y se comprende, dado su afan de atesorar, cómo quieres que ella se resuelva á soltar mi fortuna, que guarda con tal afan?  
 ADE. Es claro, y por eso te destina para esposa de Silvestre. La suerte que tienes es que él no quiere á nadie.

Ros. Si, nos aborrecemos cordialmente.

ESCENA V.

Dichos y SILVESTRE, que sale figurando que acaba de comer.

SIL. Hola! qué se hace? A que estais hablando de mí?  
ADE. Quién lo duda? Tienes ese raro privilegio; eres el objeto de la conversacion de todo el mundo.

SIL. Me voy.

ADE. No esperas á los forasteros?

SIL. Que les espere quien quiera. Vaya una gracia que me están haciendo! Todo anda revuelto por ellos, y aunque uno rabie de hambre, no se cena. Yo te aseguro que en cuanto sea mayor de edad, y recoja la herencia de mi padre, entonces he de hacer cuanto se me antoje. Ahora me tiraniza todo el mundo.

Ros. (á Adela.) Estoy pensando que habiendo ellos salido anteayer de Madrid, debian haber llegado esta mañana.

SIL. Sí, facilillo es dar con este pueblo, y con esta casa, ayer antiguo parador, y hoy convertido en casa de recreo.

Ros. Podias salir á ver si andan preguntando por el pueblo.

ADE. No, mujer, no ves que antes de llegar al pueblo, se pasa por esta casa.

Ros. Pues bien podias salir al camino.

SIL. Aviados van si doy con ellos. (vuelven todos la vista á mirar al fondo)

Ros. Parece que se oye sonido de campanillas. (dirigiéndose al fondo con Adela.)

ADE. Es cierto, allí viene un carruage.

Ros. Ellos son.

ADE. Vámonos dentro. (Adela y Rosario entran en la casa.)

SIL. Esta es la mia; ahora me las pagan todos juntos, y sobre todo, el tío Leon. Valiente enredo se vá á armar!

ESCENA VI.

SILVESTRE, LUIS y PABLO.

PAB. (á Luis desde el fondo.) Podemos preguntar aquí... Eh, amigo, nos sabrá usted decir cuál es la casa de campo de D. Leon Carranza?

SIL. De quién? (con extrañeza.)

LUIS. De D. Leon Carranza.

SIL. No sé quien es... Carranza! Ignoro quien pueda ser ese sugeto.

LUIS. Entonces nos han engañado.

SIL. Podrá ser.

LUIS. Diga usted, distamos mucho de Granátula?

SIL. Ay! ay! ay! pues es una friolera!

LUIS. Y ahora qué hacemos?

SIL. No tiene nada que pensar; se quedan ustedes aquí.

LUIS. Gracias; es usted el dueño de esta casa?

SIL. Se ha equivocado usted; esto no es casa, es una fonda. (Ahí va eso!)

LUIS. Una fonda!

SIL. O parador, lo que usted quiera llamarle.

LUIS. Pero, nos podria usted indicar el camino de Granátula!

SIL. Si señor, pero creo que será inútil.

LUIS. Veamos.

SIL. (dirigiéndose al fondo.) Toman ustedes por aquí, todo seguido, hasta encontrar cuatro caminos que se cruzan.

LUIS. Cuatro caminos; bueno, adelante.

SIL. Pero tengan ustedes buen cuidado en no seguir mas que uno, el de la derecha; despues, todo seguido, todo seguido, hasta llegar á la venta del tuerco; entonces tuercen ustedes á la izquierda; despues á la derecha, luego otra vez á la izquierda; allí encontrarán un molino arruinado; despues...

LUIS. No pase usted adelante, estamos enterados, nos quedamos.

PAB. Me parece lo mas prudente.

SIL. Hacen ustedes bien, porque aqui van á estar como principes. El fondista es un hombre rico y complaciente hasta el estremo; un poco hablador, pero excelente sugeto. Van ustedes á divertirse.

LUIS. Nada, pues que entren los equipages. (dirigiéndose al foro.) Pedro! Nicolás! Dejad las maletas aquí. (un criado entra con las sombrereras, maletas y sacos de noche, y lo deja todo detrás de la mesa.)

SIL. Entonces, hasta luego; ya nos veremos. (Ahí queda eso.) (vase por el fondo.)

ESCENA VII.

LUIS y PABLO.

LUIS. (sentándose.) Bah! del mal el menos; tomemos asiento y descansenos.

PAB. Y esto, verdaderamente, será una fonda?

LUIS. Hombre; así nos lo ha dicho ese pedazo de alcornoque.

PAB. Entonces no hay que dudar.

LUIS. Y la casa no parece mala...

PAB. Antigua, pero de buena apariencia.

LUIS. Este es el destino de todas las casas palacio; despues de haber arruinado á su pródigo propietario toman la revancha saqueando al prójimo, convertidas en fondas.

PAB. Tú, al menos, estás acostumbrado á esta vida.

LUIS. No lo creas; yo no me acostumbro á nada.

PAB. Tu carácter...

LUIS. No, di mi fatalidad. Despues de haber pasado mi infancia en un colegio, y mi juventud viajando, apartado de la sociedad, me encuentro no sé cómo delante de cualquier mujer modesta y virtuosa. Pero bah! con otra clase de mujeres...

PAB. Oh! si, lo que es con esas, llegas hasta el descaro.

LUIS. Bien; pero eso es efecto de la costumbre. Una mirada pura de dos hermosos ojos, destruye mi valor.

PAB. Toma! Si tú pudieras decir á una muchacha inocente la mitad de las cosas que prodigas á una modistilla ó á una doncella de labor...

LUIS. Nada, chico, me es imposible...

PAB. Já! já! já!... pues entonces, cómo piensas en casarte? Cómo vas á dar cima á los proyectos de tu padre?

LUIS. Como acostumbro, en ocasiones parecidas. Saludaré respetuosamente á mi prometida; contestaré sí ó no á las preguntas que me haga, y por lo demás, te aseguro que no me atreveré á mirarle la cara.

PAB. Vamos, me admira que el trueno mas trueno de Madrid, sea un amante tan cobarde.

LUIS. Chico, para no ocultarte nada, lo único que me ha movido á emprender este viaje, ha sido el pensar que podria servirte de algo en tu amorosa empresa. Rosario te ama, la familia no te conoce, por consiguiente, como amigo mio, serás bien recibido lo demás corre de tu cuenta.

PAB. Si, mi querido Luis; tú no puedes comprender cuánto amo á Rosario.  
Luis. Dichoso tú que amas y puedes declarar tu amor! Pero quién viene á interrumpirnos?

### ESCENA VIII.

Dichos y D. LEON con traje nuevo, pero de hechura antigua.

LEON. (Ya estoy en traje de recibir. Allí están; cuál será de los dos?) Señores, ustedes me dispensarán el que no haya salido antes á recibirles; pero he querido dejarlo todo arreglado; á mí me gusta sobre todo, el orden. . . Sean ustedes bien venidos. (Cuál será de los dos.)

Luis. (Vaya un hombre raro!)

LEON. (No se quién pueda ser.) Nada, aquí, con franqueza, piden ustedes lo que quieran. Deseo que queden complacidos.

Luis. Gracias.

PAB. Chico, podíamos cambiar nuestros trajes, que vamos llenos de polvo.

Luis. Creo que es un trabajo inútil; la gente que tenemos que ver no vale la pena de que nos incomodemos.

LEON. (Pues hombre, me gusta; no es este.) (dirigiéndose á Pablo.) No es necesario que ustedes se molesten; nada de ceremonia en esta casa.

PAB. (á Luis.) Creo que tienes razon; pero mañana es lo primero que debemos hacer; siempre es bueno parecer bien.

LEON. Repito que no se molesten ustedes; fuera todo cumplido, este es el palacio de la libertad. Aquí están ustedes como en su casa.

PAB. Ya lo creo; y hay mucha gente en este palacio? . . .

LEON. Diré á usted. . . (Pues no es este tampoco.) (acercándose á Luis.) Y qué tal ha sido el viaje?

Luis. (contestando á Pablo.) Nada, chico, yo estoy dispuesto á todo; á servirte como introductor de embajadores, y hasta si es preciso, guardarte la retirada.

LEON. (Ahora si que no me equivoco; este si que es.) Tiene usted razon; sobre todo, guardar la retirada; y si no acuérdense ustedes de la célebre retirada del general Oráa. . .

Luis. (Este hombre nos vá á marear. Qué hacemos?) (á Pablo.)

LEON. Lo cierto es, que cinco mil hombres. . . es la pura verdad, no tenia ni mas ni menos que cinco mil hombres.

PAB. Sabes que hace calor? (á Luis.)

LEON. Cinco mil hombres. . .

Luis. Perdone usted, segun su cuenta, son ya quin-

ce mil.  
LEON. No señor; solo eran cinco mil; por supuesto, con abundancia de víveres y municiones, y todo lo necesario para la guerra. Entonces fué cuando el coronel. . . un coronel muy célebre. . . no recuerdo ahora el nombre, pero ustedes deben saber quién es.

Luis. No veo la razon, pero si usted se empeña. . .

LEON. (Qué importuno es este hombre! Ya no sé cuál es de los dos.)

PAB. (haciéndose aire con un pañuelo.) Si nos diera usted un vaso de ponche, tendríamos mas valor para sostener la retirada.

LEON. De ponche!

Luis. Si señor; un vaso de ponche caliente, nos sentaría muy bien.

LEON. No he probado nunca ponche, ni sé cómo se confecciona; pero aquí tienen ustedes un licor preparado por mí, y que de fijo les ha de gustar. (destapando una botella y sirviéndoles.)

Luis. (á Pablo.) (Está visto; este hombre en su palacio de la libertad, nos obligará á hacer todo lo que le convenga.)

LEON. (con una copa en la mano.) Permítanme ustedes que eche un brindis. Brindo porque se estrechen los lazos de. . . nuestra amistad. (bebe.)

Luis. De lo que usted quiera. (Vaya un hombre original!) (á Pablo.) A la bondad de su licor! (bebe.) Y sepamos, en qué emplea usted el tiempo?

LEON. (Vaya una curiosidad!)

Luis. Usted me parece que ha de ser aficionado á ocuparse de la cosa pública.

LEON. (La cosa pública! Eso debe ser una mala cosa.) Yo, no señor. . .

PAB. Quitá allá, hombre; tiene el señor cara de ocuparse de esas cosas?

LEON. Tiene usted razon. (Este es mi yerno.)

Luis. No; queria decir, que usted tiene cara de hombre politico; influyente en el país. . .

LEON. Ah! eso si; y en esta misma casa nos reunimos los vecinos del pueblo, que los hay de todas opiniones; el sacristan es neocatólico; el boticario, progresista; el albéitar, resellado; el maestro de escuela, demócrata, y yo moderado, soy amigo del orden. Pero desde el momento que hemos visto que no se nos oia, hemos abandonado al gobierno. Y yo! que en este particular tengo una filosofía especial. . .

Luis. (Esta es la primera vez que he oido hablar de filosofía á un fondista.) De modo que usted como general experimentado, ataca al enemigo en todas sus posiciones; primero con la filosofía y despues con esto. (con la copa en la mano.) Me gusta la táctica. . . A su salud, mi querido filósofo! (bebe.)

LEON. Magnífico! (Creo que es este!) Y ahora que habla usted de táctica, esto me recuerda á Castaños cuando en la batalla de Bailen. . .

Luis. Si; pero no sería mejor hablar de la cena? Qué es lo que nos va á dar su filosofía para cenar?

LEON. Para cenar? (Se le ha dicho á nadie cosa igual en su cara? Cada vez me entiendo menos; este no puede ser.)

Luis. Si señor; para cenar; siento ya algo mas que apetito.

LEON. (Se habrá visto mayor desvergüenza! Lo dicho, este no es; el otro es mas delicado.)

Luis. Veámos la carta.

LEON. (atónito.) Cómo la carta?

PAB. Si señor; la carta ó la lista, como usted quiera entenderlo; sepamos lo que tiene usted dispuesto para cenar.

LEON. (Pues tampoco se esplica este mal; quién será?)

Luis. Yo siempre arreglo mi apetito á lo que he de comer, conque así. . .

LEON. Pues señores, lo que he dispuesto son unas perdices escabechadas, merluza frita, jamon con tomate, unos salmoneces muy frescos, pollos asados, riñones. . .

Luis. Basta, mi querido filósofo, ya podemos decir que hay cena.

LEON. Ese dicho me recuerda el célebre de mi tío el general Tapia, que decia: «ningun hombre puede

estar seguro de haber cenado, sino cuando tiene la comida en el estómago.»

Luis. (á Pablo.) (He aquí al verdadero fondista.)

PAB. (á Luis.) (Su tío el general! Apuesto á que nos habla todavía de alguna tía marquesa.)

Luis. Bravo! Arreglada ya la cena, vamos á ver qué tal estamos de camas.

LEON. (Esto es ya demasiado descaro; y el caso es que yo necesito saber cuál de los dos es mi yerno.)

PAB. (Qué meditará el filósofo?) (á Luis.)

LEON. (Nada, me decido á preguntarlo, es lo mejor.)

Luis. Conque, cómo estamos de camas?

LEON. (Es preciso.) Señores, quién de ustedes es Don Luis Romeral?

Luis. Servidor de usted, caballero.

PAB. (á Luis.) (Que te parece si es listo el filósofo fondista? Ya ha preguntado nuestros nombres á los criados.)

LEON. (fijándose en D. Luis.) (Este, si, efectivamente es mas guapo.)

Luis. Vamos á disponer las camas.

LEON. No, señor don Luis, de ningún modo. No faltaba más; esto corre de mi cuenta.

Luis. Y de la mía también.

LEON. Yo le ruego muy encarecidamente que deje usted esto á mi cargo.

Luis. Pero, hombre, y he de pasar por lo que usted quiera? No señor, quiero verlo.

LEON. Como usted guste, señor don Luis; si usted se empeña, vamos los dos. (Y este es el tímido, según me dice su padre en la carta! Pues dígame á usted que la timidez de ahora, se parece mucho á la desvergüenza de mis tiempos.) Vaya, y el equipage es este?

PAB. Si, ese es.

LEON. Pues metámosle en el pabellon. (toma una maleta.)

PAB. Tome usted. (le dá un saco de noche.)

Luis. Ahí vá eso. (le dá otro saco.)

PAB. Esta sombrerera. (se la coloca encima de la maleta.)

LEON. Ay!

Luis. Ya no queda mas que otra sombrerera.

LEON. Si, échela usted... ay! (Si habrán creído que soy un gallego!)

PAB. Y los paraguas y los bastones.

LEON. Y á mí, quién me lleva? Ay!

Luis. Traiga usted. (queriendo quitarle algo.)

LEON. (andando con mucha dificultad.) No señor, si puedo...

Luis. (á Pablo riéndose.) (Cara le cuesta á esta acémila su filosofía.)

PAB. Já! já!... (acompañando á Luis hasta la puerta del pabellon, al volver á la escena se encuentra con Rosario que sale de la casa acechando.)

## ESCENA IX.

PABLO, y ROSARIO.

Ros. Ps!...

PAB. Pero, qué veo? Tú aquí, Rosario?

Ros. Qué casualidad te ha conducido á esta casa?

PAB. La misma pregunta te hago yo. Cómo podía creer que te encontraría en una fonda?

Ros. En una fonda!... Estás en tu juicio? Esta es la casa de mis tíos.

PAB. Vive aquí D. Leon Carranza?

Ros. Está claro.

PAB. Pues un jóven que hemos encontrado Luis y yo

aquí, cuando llegamos, nos dijo que esto era una fonda.

Ros. Comprendo; habrá sido una gracia de mi primo.

PAB. El que te destinan para esposo?

Ros. El mismo.

PAB. Habrá sospechado que yo...

Ros. Nada; me quiere lo mismo que yo á él; por este lado nada tenemos que temer.

PAB. Entonces, respiro. Ahora bien, recibida tu carta, los minutos me parecían siglos para volar á tu lado; así, que aproveché la ocasión que se me presentaba con el viaje de Luis, para introducirme sin temor en esta casa. Ahora, lo primero es deshacer la equivocación en que está mi amigo; conozco su carácter, y antes que sufrir el ridículo, sería capaz de abandonarlo todo. (Pablo y Rosario continúan hablando aparte.)

## ESCENA X.

Dichos y Luis.

Luis. (saliendo del pabellon y sin ver á Pablo y Rosario.) El excesivo deseo de complacerme de ese hombre, me vá fastidiando. Pues digo, la amenaza que me ha hecho de cenar con nosotros y con toda su familia! Lo que es eso... pero, qué veo? Pablo con una... (viendo á Pablo y Rosario.)

PAB. Querido Luis, (saliéndole al encuentro.) tengo el gusto de presentarte á Rosario.

Luis. (sorprendido.) Cómo! Señorita, usted aquí?

PAB. Si.

ADE. (dentro.) Rosario!

PAB. Luego te lo explicaré todo; aquí tienes á tu prometida.

Luis. (admirado.) Mi prometida? (Ha anochecido.)

## ESCENA XI.

Dichos, y ADELA.

Luis. (Demonio! Qué belén es este? Cómo salgo de este atolladero?) No te vayas, Pablo, te necesito. (A qué habrá venido aquí esta gente?)

PAB. (á Luis.) (Nada, valor; el primer paso es el que cuesta; al fin no es más que una mujer.)

Luis. (á Pablo.) (Si, pero es la mujer que mas he temido encontrar.)

Ros. (presentándoles.) Adela, Luis, tengo el gusto de presentarles á ustedes recíprocamente.

Luis. (Llegó mi hora!) (sin mirar á Adela.)

ADE. (á Rosario.) (No es mal parecido; está cortado.) Tengo un verdadero placer en conocerle á usted.

Y no ha habido contratiempos en el viaje?

Luis. (Este es el único contratiempo que he tenido.)

ADE. Pero se siente usted mal, Luis?

PAB. (Está en un potro.) (á Rosario.)

Luis. Mal, no, no señora: al contrario, ahora me siento bien... despues de tan agradable sorpresa

PAB. (á Luis.) (Magnífico!)

ADE. Es usted muy galante. (Pablo y Rosario se dirigen al fondo y continúan hablando aparte.)

Luis. (Me deja solo.) (viendo alejarse á Pablo.)

ADE. Cuán extraño le parecerá á usted este rincón de una provincia, acostumbrado á la vida de la córte!

Luis. No tal; apenas conozco la sociedad. Hasta el día no paso de ser un simple... espectador de la humana comedia...

ADE. Presumo que no siempre se habrá usted limitado á ser un simple espectador.  
 LUIS. (Se está burlando de mí?)  
 ADE. Imposible es, que al menos en los asuntos de amor, no haya usted tomado alguna parte: imposible el que, aunque no sea mas que por pasatiempo, las mujeres no hayan ocupado un lugar privilegiado en su corazón.  
 LUIS. No, Adela... á mí no me gustan las frivolidades del amor; prefiero una conversacion seria y formal...  
 ADE. Lo mismo me sucede á mí; nada hay en el mundo que tanto me deleite como una conversacion grave. Y en verdad, no comprendo cómo un hombre de corazón, pueda gozar con esos pasatiempos que nada interesan, que nada dicen á nuestra alma.  
 LUIS. Si, eso es... eso es... una enfermedad del espíritu. Hay personas que pretenden... (balbuceando.)  
 ADE. Que pretenden despreciar lo que son incapaces de sentir.  
 LUIS. Esa es mi idea, pero mucho mejor expresada. Yo observo...  
 ADE. (Quién diría que este es el hombre de mundo, y el calavera?) Y qué es lo que usted observa?  
 LUIS. Ah! si, yo observo que... que...  
 ADE. Qué?  
 LUIS. Ya no recuerdo lo que estaba observando.  
 ADE. Quedamos enterados.  
 LUIS. (Lo dicho, se está divirtiendo conmigo.)  
 ADE. Usted quiere decir que en este siglo hipócrita, hay pocas personas que no hablen mal en público, de lo que ellas practican en privado, y se crean virtuosas, porque hablan en voz alta de la virtud.  
 LUIS. Es verdad; los que tienen tanta virtud en la boca, suelen tener muy poca en el corazón. Pero yo creo, señora, que estoy molestando...  
 ADE. Nada de eso. Hay tanta animacion en todo lo que usted dice, y tal soltura en el modo de decirlo, que me obligan á rogarle que continúe.  
 LUIS. (Ya escampa!) Si señora, yo decia que hay ocasiones en que la falta completa de valor, destruye todo el... y nos ponen... sobre un...  
 ADE. Soy enteramente de la opinion de usted; en ciertas ocasiones la falta de valor se parece mucho á la sobra de ignorancia. (Chúpate esa!)  
 LUIS. Moralmente hablando, sí, señora... pero me parece que Rosario estará impaciente, y no quisiera peear de importuno por nada en el mundo.  
 ADE. No lo crea usted.  
 LUIS. Si, me parece que nos han llamado.  
 ADE. Entonces, vamos.  
 LUIS. (Esta entrevista á oscuras me aplastó.)

### ESCENA XII.

Dichos, y DON LEON.

LEON. (saliendo del pabellon.) Ya está todo en orden; si no fuera por mí bueno, andaría el tinglado. Pero aun no han traído las luces?

ADE. (Mi padre.)

ROS. (á Pablo.) (Mi tío.) Adios. (entran precipitadamente en la casa.)

### ESCENA XIII.

LUIS, PABLO y DON LEON.

LEON. Jál! jál! jál!... (reuniéndose con Pablo y Luis.) Y

cómo corren!... Picarillos!... Vamos, y qué tal? (á Luis.)

LUIS. Hombre, déjeme usted en paz, y tráigame usted la cena.

LEON. No, con franqueza; qué le ha parecido á usted la chica?

LUIS. Ni bien, ni mal, porque no la he visto.

LEON. Pero señor Don Luis, si la he visto yo!

LUIS. Pues yo no; á la magnífica luz que nos alumbraba, considere usted si habré visto mucho.

LEON. De veras que nada?

LUIS. Jesus y qué posma! Nada.

LEON. Qué lástima!... Pero ya tendrán ustedes tiempo de verse y entenderse.

LUIS. Sí, pero traiga usted la cena.

LEON. No lo dude usted, señor Don Luis; yo contribuiré tambien por mi parte...  
 LUIS. Pero hombre, qué está usted diciendo? (En mi vida he visto un fondista mas inmoral.)

LEON. (desde la puerta de la casa.) Muchachos, á ver si traéis la cena y luces.

LUIS. (á Pablo.) Chico, estoy rendido... (sentándose.) tengo los piés magullados. (á Don Leon.) Quiere usted tirar de esa bota? (alargándole el pié.)

LEON. Yo!

LUIS. Si, hombre, usted.

PAB. Jál! jál! jál!

LEON. Pero, señor Don Luis...

LUIS. Déjeme usted en paz.

LEON. Si se ha de incomodar, no; traiga usted. (le coge el pié en actitud de tirarle de la bota; en este momento aparece Silvestre, y al ver á Don Leon lanza una terrible carcajada.)

### ESCENA XIV.

Dichos, SILVESTRE, y Doña ANGELITA.

ANG. (Aparece con criados que traen luces y la cena preparada; y al ver á Don Leon en aquella postura, se dirige á él hecha una furia, le dá un empellon y le tira al suelo.) Qué escándalo! Es esta tu táctica?

LEON. Favor! Socorro!... (los criados se precipitan para levantarlo y dejan unos platos sobre la mesa y otros los dejan caer al suelo con estrépito.)

LUIS. (levantándose con media bota fuera y dirigiéndose al pabellon. El diablo cárgue con todos; esto es un infierno. (Pablo se deja caer en una silla ahogado por la risa y Silvestre se aproxima á la mesa, se sienta y empieza á engullir.—Cuadro.)

CAE EL TELON.

### ACTO II.

Sala; puerta al fondo y laterales. Mesa, sillas, sofá, un sillón; etc. todo convenientemente distribuido por la escena.

### ESCENA PRIMERA.

D. LEON y ADELA sentados junto á una mesa.

LEON. Si, voy creyendo que mi antiguo amigo Romeral, se ha burlado de mí completamente al escribirme que su hijo era un chico tímido y modesto. Me gusta la modestia! Todo lo toca, en todo interviene, en todo se mete... Por fuerza, hija mia, debes estar irritada, y has hecho bien en quitarte los adornos, porque con ese hombre es

tiempo perdido. Estoy apesadumbrado por haber inclinado tu ánimo hacia él.

ADE. Efectivamente, es extraordinario; pero el retrato que usted me ha hecho es muy inferior al original.

LEON. Si te digo que no he visto cosa igual en mi vida! Estoy aturdido, asombrado!...

ADE. Si, es raro; un hombre que ha corrido el mundo...

LEON. Ese es el fruto de los viajes... Bèstia de mí que he creído que un jóven completaba su educacion viajando!

ADE. Todo eso es muy natural en él.

LEON. Ese es el resultado de las malas compañías, y de eso que llaman el gran mundo.

ADE. Sí, papá; pero yo no creo que en el gran mundo se adquiriera ese aire tímido, esa cortedad...

LEON. Mas de qué aire tímido y de qué cortedad hablas tú, muchacha?

ADE. De la de Luis; me ha causado muy mal efecto su encogimiento, á juzgar al menos por la primera impresion.

LEON. Pues entonces, de fijo la primera impresion te ha engañado, porque yo en mi vida he visto á un hombre más audaz y más atrevido.

ADE. Usted se chancea, papá; si parece un colegial!

LEON. Chiquilla!

ADE. Habló francamente. Antes, en el huerto, vino á saludarme tan respetuoso, con los ojos bajos, sin atreverse á hablar, casi balbuceando...

LEON. Pues á mí me ha ensordecido levantando la voz como si fuera el amo de casa, y una familiaridad que me ha dejado frio.

ADE. Conmigo todo lo contrario; me ha hablado con una timidez exagerada.

LEON. Bah! este prójimo debe ser un truchiman muy largo... A mí me ha tratado como si me conociese toda su vida, haciéndome mil preguntas, sin conseguir de él una sola respuesta, burlándose de mis mejores ocurrencias; y cuando contaba la retirada del general Oráa, y la batalla de Bailen, tuvo la avilantez de pedirme un vaso de ponche. Si, Adela, ese hombre ha tenido el atrevimiento de pedirme un ponche, como si estuviese en una fonda.

ADE. Pues de seguro usted ó yo estamos equivocados.

LEON. Si es tal cual se ha mostrado á mis ojos, mi resolucion está tomada; yo no le doy mi consentimiento para que se case contigo.

ADE. Por mi parte, si es tan encogido como me ha parecido, tampoco le quiero por marido.

LEON. Perfectamente; al menos estamos de acuerdo en una cosa; en darle de baja.

ADE. Sí, pero con una condicion; si usted llega á encontrarle respetuoso, y yo menos tímido, no será despreciable para ninguno de los dos.

LEON. Será lo que tú quieras; pero desde luego te digo, que yo tengo razon.

ADE. Y yo tengo la conviccion de que no me engaño.

LEON. Corriente, allá veremos; por lo que pueda ser voy á ver lo que hace ahora por dentro. (vase por la izquierda.)

ESCENA II.

ADELA, á poco ROSARIO.

ADE. Pronto saldremos de la duda; voy á poner en planta un proyecto. (Abre el cajon de una mesa y

saca varios objetos, los cuales se va poniendo, entre ellos un manojito de llaves.) Manos á la obra.

Ros. Qué haces, Adela?

ADE. Ya lo ves, convertirme en ama de llaves. (Cambiando el delantal, el pañuelo y alguna otra pieza de su traje.)

Ros. Vaya una ocurrencia!

ADE. Ya que segun me has dicho, mi hermano ha tenido la humorada de dar á tu prometido y al mio la broma de hacerles creer que es esto una fonda, quiero seguirla, pues me viene de molde para conseguir mi propósito.

Ros. Qué intentas?

ADE. Acomodarme un tanto al gusto de Luis, para atraerle despues al mio. Adela, la hija de don Leon, la jóven juiciosa, no le ha hecho impresion alguna; ahora veremos si el ama de llaves, la muchacha alegre, jovial y aturdida, le causa mejor efecto. (se coloca las llaves.) Lo que temo es que me recozca.

Ros. No lo creas; Pablo me ha dicho, que no ha podido hacerse cargo de tu fisonomia; ya ves, de noche, y no habiéndose atrevido casi á mirarte, difícil es que te conozca, si te vuelves á presentar á él.

ADE. Y tambien, como por lo que tú me dijistes, yo tomé un carácter que no me es habitual, es de presumir que no se acuerde de mí.

Ros. Quién se acerca? (se aproxima á la puerta de la izquierda.)

ADE. Es él, déjame. (vase Rosario por la derecha.)

ESCENA III.

ADELA y LUIS.

Adela se queda en el fondo arreglando una mesa, y Luis entra sin reparar en ella, y se sienta junto á un velador, en el cual hay candelabros con luces y periódicos.

Luis. Yo no he visto desórden como el de esta fonda; apenas se goza un momento de reposo. Ay! por fin aquí estoy solo.

ADE. Llamaba usted?

Luis. (Esa voz!) (viendo á Adela.) No... habia creído...

ADE. Qué?

Luis. (No lograré verme libre! Pero dónde se habrá metido ese condenado de Pablo?)

ADE. Se le ofrece á usted algo?

Luis. Nada, gracias. (desentendiéndose.) (Pues señor, lo que es Adela, es demasiado seria y sentimental para mí.)

ADE. Pues juraría que usted ha llamado.

Luis. No, no, (Mañana haré mi visita á D. Leon Carranza, que debe estar en esta fonda, puesto que están aquí su hija y su sobrina, y con esto queda mi padre complacido, y yo á mi vez lo quedaré tambien, volviéndome en seguida á Madrid.)

ADE. No ha oído usted sonar una campanilla? Quizá será su amigo...

Luis. No, mujer, déjame en paz.

ADE. Ay! qué feo! (Aproximando las manos en el velador y mirándole fijamente y con aire presuntuoso.) se ha puesto usted para decirlo!...

Luis. Muchacha! (Fijándose en ella.) Y es bonita!

ADE. Quédese usted con Dios; no quiero incomodarle... (Yéndose.)

Luis. Oye, oye... (Levantándose.)

ADE. Usted dispense... (saludando maliciosamente.)

Luis. Espera, mujer; sí, creo que he llamado...

ADE. Mande usted.

LUIS. (después de mirarla un momento.) Sabes que eres muy bonita?

ADE. Bah! déjese usted de bromas.

LUIS. (Qué ojos!) Sí, sí, te llamaba... á ver si me traes un... cómo te llamas?

ADE. Lo que es de eso, no tenemos.

LUIS. Maliciosa!

ADE. No, lo que es aquí, no lo hay. Si sabré lo que hay en la casa? Diez y ocho años que estoy en ella...

LUIS. Diez y ocho años! Si me harás creer que eres ama de llaves desde antes de haber nacido? Qué edad tienes?

ADE. Para que quiere usted saberlo? Las mujeres y la música no deben tener fecha.

LUIS. (Pues no es tonta!)

ADE. Eh! las manos quietas... Cualquiera diría que usted quiere conocer mi edad por los dientes, como si fuera un caballo...

LUIS. (Ahí va eso.) No, hija; es que como soy corto de vista... y además, cómo quieres que intimemos á tan respetable distancia?

ADE. Y quién le ha dicho que yo deseo intimar con usted? No me gustan tales intimidades. Estoy segura que no ha tratado usted de la misma manera á la señorita Adela; apostaría que ha estado muy respetuoso hablándola como si fuera un juez.

LUIS. (Lo acertó!) Hablar yo con respeto? Bah! tú no me conoces... Y con una mujer tan sosa y tan desabrida!

ADE. (Gracias!) Conque sosa y desabrida! Bien!

LUIS. Si fuera como tú! Pues bonito soy yo con las mujeres!

ADE. Oh! es usted temible! (riéndose.) Já! já!...

LUIS. Oye, te estás burlando de mí? Vaya, dame un abrazo, y... (le coge una mano. Adela se defiende, y Don Luis al ver á Don Leon, se vá precipitadamente.) Demonio! Mi pesadilla

#### ESCENA IV.

ADELA y DON LEON.

LEON. Bien, muy bien; magnífico!... Conque ese es el amante tímido, y el hombre humilde, el colegial, según tú le llamas, que no se atrevía á mirarte, sino á una distancia respetuosa? Pues me gusta el respeto!

ADE. Pero...

LEON. Qué pero ni qué manzana! Crees tú que á mí se me engaña como á un chino?

ADE. Le digo á usted, papá, que cada vez estoy mas convencida de ello.

LEON. Zambomba! Voy creyendo que su desvergüenza es contagiosa! Me negarás, cuando yo lo he visto, que tenía tu mano entre las tuyas, y que si yo no llego, Dios sabe...

ADE. Pero, papá, si es que no sabía que era yo.

LEON. Queréis volverme loco? Conque tú no eras tú? Pues entonces, tú, quién eres? No faltaba mas...

ADE. Yo le convenceré á usted de que Luis no es lo que parece.

LEON. Hija, tú me harás perder la cabeza! Te digo que estaba convencido, que lo estoy, y tanto que lo estoy, que le voy á poner de patitas en la calle.

ADE. Pero, papá...

LEON. Lo dicho, dicho; apenas hace dos horas que está en mi casa, y ya me ha usurpado todas mis prerrogativas; y cualquiera diría, que él es el amo, y yo el criado; á ti te podrá hacer gracia su des-

fachatez; pero lo que es yo, te prevengo que no quiero un yerno de esa naturaleza. Que vaya á divertir á su padre, á quien por lo visto también le hace mucha gracia, y á mí que me deje en paz.

ADE. Pues bien, yo solamente pido que no tome usted una resolución hasta mañana.

LEON. Hasta mañana? Ahora lo verás.

ADE. Antes de una hora verá usted cómo tengo yo razón. (vase izquierda.)

#### ESCENA V.

DON LEON, á poco DOÑA ANGELITA.

LEON. (sentándose en una silla.) Jesús! Jesús! Me parece que esta no es mi casa. Todo está revuelto; á mí que me gusta tanto el orden y la tranquilidad!...

ANG. Eso es, sentado! brazo sobre brazo. Te parece que esos el modo de estar cuando nos amenaza una desgracia, cuando la casa está ardiendo?

LEON. Esto mas! (saltando de su asiento.)

ANG. Tu calma me admira.

LEON. (paseando sin dirección.) Ese hombre me vá á arruinar; vá á ser causa de mi muerte!

ANG. Pero, qué estás diciendo? (siguiéndole.)

LEON. (sin hacer caso.) Y efectivamente, yo no respiro bien... Le voy á matar.

ANG. Pero, tú estás loco? (siguiéndole.)

LEON. Sí, debo estarlo.

ANG. Mas, á qué viene todo eso?

LEON. Pues me gusta! No me has dicho que la casa está ardiendo?

ANG. No, imbecil; lo que arde es tu bolsillo.

LEON. Si me habrá echado un fósforo! (al quitarse la levita, con la precipitación se hace un rasgon.) Adios á mi levita!

ANG. Pero quieres oír, Leon?

LEON. Soy una fiera!

ANG. Leon! (sentándole en el sillón.)

LEON. Soy un borrego.

ANG. Quieres oír?

LEON. Deja que me desahogue. (bufando.)

ANG. Pero, quieres oír? (levantando la voz.)

LEON. Lo que es así, te oirán los sordos; di, qué es lo que sucede?

ANG. Sucede, que la buena de tu sobrina está enamorada de ese caballerecillo que ha venido con el hijo de tu amigo, y andan cuchicheando por toda la casa. Ya ves, si la niña está dispuesta á casarse con ese jóven, considera si no arderá tu bolsillo.

LEON. Conque el otro también? (levantándose.) Vámonos, esto es inaguantable! Vaya un par de alhajas!

ANG. Pero, quieres no interrumpirme? Aquí es preciso obrar, y obrar en seguida.

LEON. Pues bien, obremos.

ANG. Es necesario que tú te pongas en camino inmediatamente.

LEON. Dónde hay un cordel para ahorcarme?

ANG. Te vas con la chica y con Silvestre.

LEON. Con Silvestre? Jamás!

ANG. Sí, con Silvestre. Ya sabes que tenemos proyectada la boda de los dos, y que esto desconcierta nuestros planes. Los dejas en casa su tia Petra, y que queden allí hasta...

LEON. Hasta el día del juicio.

ANG. Prepárate, que voy á disponer el viaje.

LEON. (dándole la levita.) Mejor será que remiendés antes la levita.

ANG. Para eso estoy ahora. (*vase por la izquierda y se lleva la levita.*)

ESCENA VI.

DON LEON, á poco LUIS.

LEON. Ecce homo!... (*muy compungido y cruzándose de brazos.*) Estoy divertido! Pero, ese bribon!...

Si no fuera por su padre!...

LUIS. (*sabiendo.*) (Todavía aquí este hombre!)

LEON. (Aquí está; es la mía.)

LUIS. Ha visto usted por ahí á mi amigo?

LEON. No he visto á nadie.

LUIS. Entonces... (*yéndose.*)

LEON. Dos palabras.

LUIS. (Adios! A que me hace oír por la centésima vez la historia del general Oráa!)

LEON. Caballero, yo creo que se ha hecho necesaria una esplicacion.

LUIS. (Este hombre no está en su juicio!)

LEON. Usted debe haber comprendido, que ha sido recibido en esta casa, como correspondía al hijo de su padre. (*marcando las últimas palabras.*)

LUIS. Es el primer cuidado que tengo en todas partes; siempre procuro que se encuentre bien el hijo de mi padre.

LEON. Pues bien, la conducta de usted es indigna, insostenible.

LUIS. (Rematado!)

LEON. Paso por alto sus impertinencias, sus burlas.

LUIS. (Mas vale tomarlo á broma.)

LEON. (Este hombre me hará perder la cabeza!) Señor mio, hace dos horas que estoy tolerando su insolencia; pero yo voy á poner un término á esto. Estoy decidido á ser el amo en mi casa, y exijo que usted y su amigo, y su amigo y usted cojan su equipaje y se larguen.

LUIS. (*sentándose.*) Dejar su casa! Mire usted cómo la dejo. Gasta usted muy buen humor, y á juzgar por el traje, debe estar muy acalorado.

LEON. (Es claro, como me vé en mangas de camisa cree que soy un cualquiera, pero así y de otro modo, se lo daré á entender.) Caballero, le digo que si no salen de grado, doy parte al Alcalde.

LUIS. Usted se ha propuesto hacerme reír y lo conseguirá.

LEON. Usted se reirá ó hará lo que se le antoje; pero lo que sí le digo, y hablo muy formalmente, es que no quiero tenerle mas en mi casa. Me parece que mas claro...

LUIS. Pues yo le aseguro, que de aquí no salgo. Esta casa es la mía, y estaré en ella todo el tiempo que me dé la gana. Con qué derecho puede usted hacerme salir de aquí?

LEON. (Aun querrá tener razon!) Pues, hombre, si esta casa es la de usted, cargue usted con ella. Aquí tiene usted estos candeleros de plata. (*señalando los objetos que va nombrando.*) Esta mesa... es de su gusto?

LUIS. Traígame usted la cuenta, y acabemos.

LEON. Aquí hay unas estampas; qué le parece á usted la vida del *hombre malo*, para su habitación?

LUIS. Quiere usted callar?

LEON. Y este espejo, donde podrá usted admirar su hermosa cara!

LUIS. No hay paciencia que esto resista.

LEON. Me olvidaba el sillón, donde podrá usted tomar la siesta despues de comer.

LUIS. Con mil demonios! Quiere usted callar y traer la cuenta? (*colérico.*)

LEON. (*retirándose.*) Joven, joven, su conducta es inculficable!

LUIS. Voto á... (*haciendo ademán de acometerle.*)

LEON. (Vuelvo. Sería capaz de hacer una barbaridad.) (*vase por la derecha.*)

ESCENA VII.

LUIS, á poco ADELA.

LUIS. Qué viaje! Es menester ver á Pablo, y salir de aquí cuanto antes. Por dónde andará? Esta quizá lo sepa. Oye, muchacha. (*Adela cruza el teatro.*)

ADE. Qué manda usted?

LUIS. Hásvisto por ahí á mi amigo?

ADE. No señor, no le he visto.

LUIS. Esto me faltaba.

ADE. Pues, qué ocurre?

LUIS. Ocorre, que nos vamos.

ADE. Cuando?

LUIS. Ahora, en seguida.

ADE. (Habrá sospechado algo?) Mas qué ha sucedido?

LUIS. Nada, es que no se puede estar aquí por mas tiempo.

ADE. Y se marchará usted sin despedirse de la señorita Adela?

LUIS. Y á mí, qué me importa la señorita Adela?

ADE. Qué mal corazon tiene usted! Y no hay nadie aquí que le importe á usted algo? Yo siempre estaré agradecida á las lisonjas que usted me ha prodigado...

LUIS. La verdad sea dicha, de la única persona que siento separarme, es de ti.

ADE. Favor que usted me dispensa.

LUIS. No, es la verdad.

ADE. Yo tambien siento mucho, quizás mas que usted, esta marcha tan repentina.

LUIS. Y por qué?

ADE. Jamás habia oido una frase lisonjera de los labios de un caballero como usted.

LUIS. Cómo?

ADE. Y esto me habia hecho creer...

LUIS. (Pobre muchacha!)

ADE. No sé... pero no quisiera que usted nos dejara; yo creí que iba á estarle á usted viendo todos los dias.

LUIS. No, es imposible.

ADE. Imposible! (*haciendo como que llora.*)

LUIS. Lloras? Tambien te aseguro yo, por lo mas sagrado, que te dejo con pena.

ADE. Entonces, por qué me deja usted?

LUIS. Hija, yo no debo abusar de tu inesperienza; entre los dos hay una gran distancia, que no puede salvarse. La diferencia de nacimiento y de fortuna, la sociedad...

ADE. Y qué importa eso? Mi familia es de las mas honradas de estos contornos; soy pobre, es verdad, pero nunca he creído que fuera una desgracia el serlo.

LUIS. (Me cautiva su candidez!)

ADE. Si yo tuviera mucho dinero, de buena gana lo daría para borrar esa distancia que usted dice.

Luis. (Esta ingenuidad me encanta; pero bah! hagamos un esfuerzo.) Tu sencillez y el cariño que me manifiestas, me seducen, y si yo pudiera hacer mi gusto, cree... pero las exigencias sociales, y después, la voluntad de mi padre, y... (Yo no sé lo que me digo; acabemos.) A Dios! (*vase de pronto.*)  
 ADE. No me había equivocado; vale mas de lo que yo creía. No se irá; está en mi poder.

## ESCENA VIII.

ADELA y ROSARIO.

Ros. Adela, me alegro encontrarte.  
 ADE. Qué sucede?  
 Ros. Que la tía me ha sorprendido hablando con Pablo, y ha decidido que me vaya con Silvestre á casa de la tía Petra.  
 ADE. Y qué piensas hacer?  
 Ros. No sé.

## ESCENA IX.

Dichas y PABLO.

PAB. Rosario, es cierto lo que acaban de decirme?  
 Ros. Sí, la tía lo sabe todo.  
 ADE. Ten esperanza.  
 Ros. Sí, esperanza... (*llorando.*)  
 PAB. Yo aun confío.  
 ADE. Vamos á ver si yo puedo convencer á la mamá! (*vase por la derecha.*)

## ESCENA X.

PABLO, y SILVESTRE por el fondo.

SIL. Lloritos tenemos...  
 PAB. Me contrista verla así.  
 SIL. No haga usted caso; déjela llorar, es el único modo de desahogarse que tiene. Yo las he visto, á ella y á mi hermana, llorar á moco tendido algunas veces, leyendo una novela, y al manifestarles mi extrañeza, me contestaban que el libro las hacia llorar de gusto.  
 PAB. Usted no es muy aficionado á las mujeres, sin duda.  
 SIL. Eso es conforme y según.  
 PAB. Vamos, pues; usted ama á Rosario? Es una muchacha muy amable, muy simpática...  
 SIL. A usted le parece así, porque no la conoce como yo; yo la tengo muy experimentada.  
 PAB. (Bárbaro!)  
 SIL. No es lo que parece.  
 PAB. Yo la creía muy discreta y muy sensata.  
 SIL. Sí, cuando está delante de gente; que cuando no... suéltete usted un poco la brida, y entonces es ella.  
 PAB. (Animal!) pero al menos convendrá usted en que es muy bonita.  
 SIL. Bonita! Si usted conociese á Pepa, la hija del del boticario, hablaria usted de otro modo. Tiene unos ojos y unos mofletes! De ella se pueden hacer cuatro como Rosario.  
 PAB. Según eso, usted no veria con disgusto que algun amigo se encargara de libertarle de su prima?  
 SIL. Con disgusto? Dónde está ese amigo?  
 PAB. Aquí me tiene usted; si usted me quiere ayudar.  
 SIL. Yo le ayudaré á usted hasta la pared de enfrente.

PAB. Lo celebro infinito; porque presumiendo ya esto, y no habiendo podido hallar á usted por ningun lado...

SIL. Estaria en el casino con el albéitar y el...

PAB. Le escribí cuatro letras, que confíe á un criado, para que buscándole, él por un lado, y yo por otro, se la entregara... Despues hablaremos... (*viendo salir á Doña Angelita y Rosario.—Vase.*)

## ESCENA XI.

SILVESTRE, DOÑA ANGELITA y ROSARIO.

ANG. (*saliendo.*) Ven, ven aquí, niña. Silvestre hijo mio; aquí tienes á tu Rosario. Los dos os vais á marchar juntos á Madrid, á casa de la tía Petra.

SIL. Yo no voy á ninguna parte.

ANG. Tú harás lo que yo te mande.

SIL. Ya baja.

CRIAO. (*con una carta en la mano.*) Señorito, esta es carta para usted. (*á Silvestre.*)

ANG. A ver.

CRIAO. Me han dicho que la entregue en propia mano. (*se la dá á Silvestre y vase.*)

SIL. De quién será? (*dándole vueltas á la carta.*)

Ros. (*mirándola á hurtadillas.*) (Dios mio! La letra es de Pablo; si mi tía la vé, somos perdidos. Voy á entretenerla.) Oiga usted, tía. (*llevándosela á un lado.*)

SIL. Y quién entiende esta solfa? Si estuviera impreso, vamos; pero estos garabatos, quién es capaz?... (*leyendo el sobre.*) «A Silvestre Campos.» Pero es cosa particular, que nunca puedo entender de las cartas mas que mi nombre, y todos dicen que dentro está el busilis.

ANG. (*á Rosario.*) Me parece que no vá á poder leer la carta.

SIL. (*sin cesar de dar vueltas á la carta.*) Maldita letra! (*leyendo.*) Amigo mio. Y qué mas? Esta es una m y la otra una c, y la otra...

Ros. Trae, hombre, trae, yo la leeré.

SIL. Toma.

Ros. (*haciendo como que lee.*) (No me equivoqué, es de Pablo!) «Amigo mio; al recibo de esta, me alegraré que goce usted de la salud que yo para mi deseo; la mía es buena á Dios gracias. Sabrá usted como el gallo tuerto lo hemos reñido con el del barbero, las apuestas...» Toma, toma. (*entregándole la carta estrujada á Silvestre.*) No habla mas que de gallos y de apuestas.

SIL. Pues no es poco importante que digamos! Allí me hubiese querido yo ver. Tome usted, mamá, y acabela de leer. (*Rosario le hace señas para que no la dé.*)

ANG. Veamos. Pero... que es esto? (*leyendo.*) Amigo mio; creo que usted no tiene mucho interés por Rosario; si esto es así, puede usted hacerme un gran servicio. Renuncie usted á su mano; ponga al instante en conocimiento de su mamá la resolución que ha tomado. Decídase usted pronto; porque la vieja... (*representando.*) La vieja!—Ya verás tú quién es la vieja... (*leyendo.*) «se opone á nuestros proyectos.—Pablo Rueda» (*representando.*) Ah, infames! Conque todos os habeis confundido para echar por tierra mis planes? Me voy á volver loca; la rabia me ahoga...  
 SIL. (Lo eché todo á perder.)

ROS. Yo creo, tía, que usted...  
 ANG. Ahora verás lo que yo creo.  
 SIL. (Aquí fué Troya, se armó la gorda!)  
 ANG. Yo lo destruiré todo en un momento. Leon!  
 Leon! (vase gritando.)

## ESCENA XII.

ROSARIO y SILVESTRE, á poco PABLO, y despues  
 LUIS.

ROS. Ya no hay remedio, todo está perdido.  
 SIL. Y tan perdido.  
 ROS. No se podía esperar otra cosa, tratando con un  
 estúpido como tú.  
 SIL. La estupidez es la tuya.  
 PAB. (saliendo.) Segun acabo de oír, (á Silvestre.) usted  
 ha enseñado mi carta á Doña Angelita. Es esto  
 obrar con lealtad, despues de lo que habíamos ha-  
 blado?  
 SIL. Esta es otra! Hombre, yo qué tengo que ver con  
 eso?  
 PAB. Si no fuese usted tan idiota, yo le enseñaría á  
 cumplir sus palabras.  
 SIL. Veremos quién sabe cumplirlas mejor.  
 LUIS. (á Pablo.) Gracias á Dios que te encuentro.  
 LEON. (por dentro.) Déjame hacer, yo lo arre-  
 glaré.

## ESCENA XIII.

Dichos y DON LEON.

LEON. (sale con el sombrero en la mano, la cartera de  
 viaje puesta, y un paraguas debajo del brazo.) (Re-  
 vistámonos de autoridad!) Ejem! Me alegro encon-  
 trar á ustedes aquí.  
 LUIS. Volvemos á las andadas? Usted es un impertinente.  
 LEON. Seré lo que usted quiera, pero hágame usted  
 el obsequio de tomar el portante. Tengo que em-  
 prender un viaje, y no me parece prudente...  
 PAB. Qué? (atónito.)  
 LEON. Y usted tambien, caballereite; largo!  
 LUIS. Mire usted que se me van hinchando las nari-  
 ces, y no va á quedar titere con cabeza en esta  
 casa.  
 LEON. Pues no está usted poco valenton! (se cala el  
 sombrero.)  
 PAB. Vamos! (tratando de calmar.) Creo que yo soy la  
 causa de todo esto, y no quisiera que por mi  
 culpa...  
 LUIS. Aquí nadie tiene la culpa mas que ese hombre;  
 y yo por darle en la cabeza, me quedo aquí hasta  
 la consumacion de los siglos.  
 LEON. Si? Pues llamaré á la guardia civil, y á la  
 ronda...  
 LUIS. Llame usted á quien quiera; pero esta casa es  
 del público, esta casa es de todos, y por lo tanto,  
 es mía.  
 LEON. (irritado.) Eso es. Echeme usted de mi casa.  
 Habrá insolencia!  
 LUIS. El insolente es usted.  
 LEON. Cómo, esta es su casa?  
 LUIS. Si señor, y puedo hacer en ella lo que me dé  
 la gana; romperlo (fuera de sí.) todo, acabar con  
 todo, y si no mirelo usted! (derriba una mesa que  
 tiene al lado, y le apabulla el sombrero á Don Leon.  
 Silvestre suelta una carcajada descomunal.)  
 LEON. A la guardia! Socorro!

## ESCENA XIV.

Dichos, ADELA y DOÑA ANGELITA.

ANG. Leon! Leon!  
 PAB. Luis, qué haces? (queriendo contenerle.)  
 LEON. Huyamos, está loco.

(Confusion general: Pablo hace contener á Luis.—Silvestre en cuanto vé á Luis que empieza á derribarlo todo, escapa por el fondo. Doña Angelita se coge á los saldones de su levita, Rosario se coge al vestido de esta, Adela al de Rosario y D. Leon al de Adela, defendiéndose con el paraguas abierto. Cuadro.)

CAE EL TELON.

## ACTO TERCERO.

Huerto de la casa de D. Leon, parte de bosque, matorral á la derecha.—Va amaneciendo gradualmente, de modo que al terminar el acto, sea casi de día.

## ESCENA PRIMERA.

LUIS y PABLO.

PAB. Pero qué has hecho? Estás en tu juicio?  
 LUIS. Pues no lo has visto? Arrojarlos de la fonda como si fuéramos...  
 PAB. De qué fonda, hombre? Aunque la verdad sea dicha, tu error es disculpable.  
 LUIS. Mi error! Qué quieres decir?  
 PAB. Quiero decir, que el estúpido que encontramos á nuestra llegada, se burló de nosotros completamente, y esta es la hora que no me ha sido posible sacarte de tu error.  
 LUIS. Espíciate, dónde estamos?  
 PAB. En el huerto que rodea la casa de tu futuro suegro D. Leon Carranza.  
 LUIS. Luego hemos estado?...  
 PAB. En la casa de Don Leon.  
 LUIS. No es posible, tú te chancasas.  
 PAB. Te digo que sí; cómo se comprende, siendo de otro modo, el que se encuentren aquí Adela y Rosario?  
 LUIS. Es verdad; pero entonces nuestra conducta exige una esplicacion. Es preciso ver á ese hombre, á su familia, disculparnos y salir de aquí cuanto antes.  
 PAB. Calle, quién se acerca? (mirando hácia el fondo por donde aparece Silvestre entre los árboles.) Jura que es Silvestre; pero cá! no es posible; Dios sabe dónde estará ahora.  
 LUIS. Pero quién es ese Silvestre?  
 PAB. El que nos engañó ayer á nuestra llegada.  
 LUIS. Pues se va á divertir si es él. (mirando al fondo.)

ESCENA II.

Dichos, SILVESTRE.

SIL. (mirando con recelo á Luis y á Pablo.) Si la bur-  
 la saldrá veras? Si habrá ladrones? Yo que se lo he  
 dicho al tío para asustarle!  
 PAB. Silvestre!  
 SIL. Quién... quién me llama? (asustado.)  
 LUIS. Yo... (adelantándose y cogiéndole una ore-  
 ja.)  
 SIL. Ay! ay! ay!

LUIS. Conque tú eres el que te has divertido con nosotros?

SIL. (Quién se lo habrá dicho?)

PAB. Dónde está Rosario?

LUIS. Te voy a matar, bribon. (á un tiempo cogiéndole cada uno por un lado.)

SIL. Señores, por favor, déjenme ustedes hablar.

LUIS. { Habla.

PAB. { Habla.

SIL. Si ustedes supieran lo que ha sucedido!...

LUIS. Y á mi qué?

PAB. (con ansiedad.) Esplicáte. (á Luis.) Déjale hablar. Qué ha pasado?

SIL. Ay! (respirando porque le sueltan.) (á Pablo.) Voy á probarle á usted que soy su amigo, su mejor amigo. Y sea dicho de paso, lo que he hecho yo esta noche, no lo hace nadie. Andar cinco leguas en dos horas, y encontrarme en el mismo punto de donde salí!

PAB. Cómo?

SIL. Comiendo; en lugar de andar seguido, seguido, he andado rodando, rodando, alrededor, y aquí estoy.

PAB. Pero y Rosario?

SIL. Ahí queda con mi tío, á la entrada del bosquecillo. Yo les he dicho que estamos cerca de la estación, y no sospechan que les engañe. Rosario está desconsolada, y mi tío temblando; porque yo, para que no se moviera de allí, le he dicho que esto estaba infestado de ladrones.

PAB. Y cómo no ha querido continuar el viaje?

SIL. Toma, porque los caballos no pueden con su alma.

PAB. Efectivamente, le estoy á usted muy obligado, y esta accion le reconcilia con nosotros. No es verdad, Luis? (con intencion.)

LUIS. Pehe! (encogiéndose de hombros.)

SIL. (á Luis.) Me alegro de que hagamos las paces; porque no sabe usted las ganas que tenia de decirle lo satisfecho que quedé cuando lo rompió todo, y nos echó de casa á puntapiés. Já! já! (riendo.) Cuando lo cuente luego en el casino, verá usted lo que van á reir.

LUIS. Como no te vayas, te rompo el bautismo, animal!

PAB. Vámonos, Silvestre.

SIL. Sí, sí, vámonos! já! já! já! (vase riendo.)

### ESCENA III.

LUIS, despues ANGELITA y ronda de criados.

LUIS. Y aun rie, despues de haberme engañado tan inicualemente! Pero cómo tendria yo la cabeza, para tonar esa casa por una fonda, y al antiguo amigo de mi padre, por un fondista?

(Doña Angelita aparece por la derecha capitaneando á algunos criados armados de escopetas, chuzos é instrumentos de labranza. Caminan con mucho misterio.)

ANG. (de repente, viendo á Luis.) Allí hay uno. (á los criados.)

LUIS. (Qué será esto? A dónde irá esa gente?)

ANG. Pronto, cogedle! (los criados se dirigen en tropel hácia Luis.)

LUIS. Hé! Qué viene á ser esto? (conteniéndoles.)

ANG. Cómo? Usted por aquí? (reconociéndole.)

LUIS. Sí, señora. Yo celebó esta ocasion que me ha proporcionado el gusto de volver á ver á usted, para disculparme, si es posible, de las inconvenien-

cias que he cometido esta noche. Ese jóven que se llama Silvestre, fué el que nos dirigió á la casa del señor Carranza, como á una fonda, y he aquí esplicada la causa de mis desaciertos, por los que pido á usted mil perdones.

ANG. Pero qué me está usted diciendo? Usted creia que estaba en una fonda?

LUIS. Y cómo no creerlo? El aplomo conque lo dijo, engañó nuestra buena fé.

ANG. Calle usted, calle usted, que tiene mi hijo unas travesuras!...

LUIS. Conque es hijo de usted?

ANG. Si señor, para servirle á usted. Es muy travieso!

LUIS. Oh, mucho... qué lástima!

ANG. Antes de entrar en casa, pues yo creo que á ella debe usted volver, para esperar la llegada de Leon, voy á dar una vuelta por el bosquecillo, para ver si por allí hay algo.

LUIS. Pues qué ocurre?

ANG. Una friolera; que antes pasó por casa la ronda del pueblo, preguntando por unos famosos ladrones que se han escapado esta misma noche de la cárcel; y como no hay mas bosque por los alrededores que el que está inmediato á la huerta, á pesar de que la ronda lo ha recorrido, he querido yo misma cerciorarme.

LUIS. Usted?

ANG. Sí, señor; á mí no me asusta nada.

LUIS. A pesar de eso, yo no puedo permitir que una señora...

ANG. Deje usted, voy acompañada de mis criados.

LUIS. Estando yo aquí, no puedo consentirlo; hágame usted el obsequio de retirarse, que yo recorreré el jardin y el bosque con los criados.

ANG. No, no.

LUIS. Si, sí, vamos muchachos. Hasta luego. (saludando á Doña Angelita.)

### ESCENA IV.

DOÑA ANGELITA, despues D. LEON.

ANG. Qué fino! Quién diria que este hombre es el mismo que hace poco nos echó de casa? Cuidado con la diablura de Silvestre!... Qué criatura! Cuando él quiere tiene talento! (al ir se vé á lo lejos á D. Leon que se aproxima recatándose.) Pero qué es aquello?

Un objeto que se mueve, y parece que se acerca... Es un hombre... Si... no me cabe duda, y ahora que estoy sola. Qué hacer? Este debe ser uno de los ladrones. Cómo se vá ocultando! (se dirige al matorral de la derecha.) Voy á cerciorarme aquí escondida, y mientras daran la vuelta Luis y los criados. (se oculta. Sale Don Leon muy envuelto en una capa y escurriendo el bulto.)

LEON. Estoy muerto! Dos veces muerto, una de frio y otra de miedo... Y de que hay ladrones no me cabe duda! Lo menos he visto cincuenta, ocultándose en aquella arboleda. Ay! Si no salgo de allí tan pronto... Que viaje! Vuelco por aquí, trastazo por allá... Dios mio, no me faltaba mas que caer en manos de ladrones, para que la noche fuese completa. Ay! (dando un salto. Me parece que todo se mueve. (buscando sitio para ocultarse.)

ANG. (desde su escondrijo.) (Ah, bribon! No te escaparás!...)

LEON. No veo sitio apropósito para esconderme, ni para descansar. Aquí parece... (dirigiéndose hácia donde está Angelita.)

ANG. Ay!

LEON. Ay! (*huyendo despavorido.*) ay! ay! (*dando un salto y yendo á refugiarse al lado opuesto al pié de un árbol.*) Ay! ay! (*por lo bajo, y de cansancio.*) No, lo que es ahora no es miedo; oi un grito terrible de mujer. De mujer; si será la pobre Rosario! A dónde de la habrá llevado ese pillastron de Silvestre? Bribon... dejarme solo...

### ESCENA V.

*Aparecen por la derecha Luis y los criados.*

ANG. Ay! (*respirando fuerte.*) Ahí estan, ya era tiempo.

Sale del matorral con mucho sigilo y se incorpora á los que llegan, imponiéndoles silencio con la mano, y por señas les designa á Don Leon. Los criados á una órden que en voz baja les dá Luis, se abren en ala, cercan á Don Leon á distancia y caen sobre él cuando lo indica el diálogo.)

LEON. Ay! No se oye una mosca. Respiremos! Pero ese grito!... Esto es horroroso! (*caen sobre él Luis y los criados.*)

LUIS. Date, ladron!

LEON. (Llegó mi última hora!)

LUIS. Atarle, y conducirle al pueblo.

LEON. Esa voz! Es él, no me cabe duda. Capitan de ladrones! Si me reconoce me mata. (*tapándose mas y mas.*—*Los criados le sujetan los brazos por la espalda.*)

ANG. Si se resiste, matarle. (*á Luis y criados.*)

LEON. (Jesús! mi mujer con ese hombre!... Ya lo comprendo todo. No hay salvacion para mí.) (*recatándose mas y mas á medida que Doña Angelita tiene curiosidad por verle.*)

ANG. Ah! bribon! Como se oculta; quitarle esa capa! (*la quitan los criados;* Don Leon cae de rodillas.)

LEON. Perdon!

ANG. Qué es lo que veo! Leon!

LUIS. Don Leon!

LEON. Ay! Sí, yo soy; al menos déjenme ustedes la vida. Ya que me quitó usted mi mujer, me echó de casa, y se habrá llevado de ella lo que haya querido, para que quiere usted mi vida! je! ah! ah! (*llorando bestialmente.*)

ANG. Pobre Leon, está loco!

LEON. Sí señor, estoy loco; ya lo vé usted, mi mujer lo dice. Para qué quiere usted la vida de un loco? Por ahí anda Silvestre... si á usted le es igual... El no tiene familia...

LUIS. Por Dios, Don Leon. Levántese usted, y sósieguese. Una série de coincidencias, que no es tiempo ahora de explicar, me han hecho ser instrumento inocente de todo lo que aquí ha sucedido.

LEON. (Pues digo, con la inocencia del instrumento!)

LUIS. Estoy dispuesto á darle á usted cuantas esplicaciones sean necesarias; y desde luego, por todo le pido mil perdones.

LEON. Pero usted hablade veras? Me tiene usted muy escamado!

ANG. Sí, hombre, de veras. Pero dime, cómo te encuentras aquí? Tú estas loco?

LEON. Voy creyendo, que sí, porque el paso que hemos llevado, no es posible que nadie nos alcanzara.

ANG. Pues no era menester correr mucho para no salir del huerto de tu casa.

LEON. Del huerto!

ANG. Sí, hombre, sí, del huerto; mira á la derecha. Reconoces tu casa? La alameda de los Chopos?

LEON. Sí, lo reconozco todo, menos á mí. Aquí anda la mano de tu hijo!

ANG. Y tanto. Ya ves, ha tenido la ocurrencia de hacerles creer á Don Luis y su amigo, que esta casa era una fonda.

LEON. Una fonda! Es cosa de matarle.

ANG. Ea! entremos á descansar.

LUIS. No señora, yo no puedo entrar en la casa de don Leon, sin darle antes las esplicaciones necesarias.

ANG. Como usted quiera. Hasta luego. (Por dónde andará Rosario?) Hum!... (*vase con los criados.*)

### ESCENA VI.

DON LEON y LUIS.

LEON. No tiene usted necesidad de disculparse; está usted dispensado. Já! já! Pero, hombre; ha visto usted fondas en Granátula?

LUIS. No hablemos [mas de ello; estoy confundido...

LEON. Bah! eso es una bagatela, que no merece la pena de tomarse por lo sério. Yo creo que todo le pasará á usted, en el momento que hable con Adela un ratito. Eh! He dicho algo? No por esto dejaré de quererle.

LUIS. Yo estimo en lo que vale su aprecio...

LEON. Qué aprecio, hombre, qué aprecio!... Yo creo, sin temor de engañarme, que ella siente por usted algo mas que aprecio. Eh! Me esplico?

LUIS. Le aseguro á usted que no he merecido tanta dicha!

LEON. Vamos, vamos, no se haga usted de pencas, que muy bien sé lo que hay entre ustedes.

LUIS. Entre nosotros no habido mas que un profundo respeto; no vaya usted á creer que he sido tan atrevido con los demás como con usted.

LEON. No he dicho tanto, y puedo asegurarle, que ella tampoco me ha dicho ni esto... ni se ha quejado, ni... Pero yo le juro á usted, que ella no le le desdena, y que usted la quiere, y mucho... Ea!

LUIS. Pero, señor mio...

LEON. (La modestia de este hombre me parece otra clase de desvergüenza.)

LUIS. El cielo me es testigo, de que la he visto sin emocion, y la he dejado sin pena. Asi, pues, con su permiso, voy á despedirme de la única persona que ha despertado mis simpatías. (*vase.*)

### ESCENA VII.

DON LEON.

Vaya usted con Dios!... Eh! se puede saber quién es esa persona? Echale un galgo!... De fijo es mi mujer! Esto solo me faltaba. Porque Adela no es, si he de dar crédito á lo que ha dicho; la otra tiene ahí á su novio, que por cierto bien caro me cuesta; ya no hay mas mujeres en la casa que mi mujer... Pero, hombre, qué le habrá gustado de mi mujer? Qué noche! Insultado, arrojado de mi

casa, descoyuntado, apaleado y... (tapándose la boca.) no lo digo!

ADE. (dentro.) Papá! papá!

### ESCE NA VIII.

DON LEON y ADELA.

LEON. (Aquí está mi hija, esta me dirá la verdad.) Dime, Adelita, no me engañes; tu padre necesita en este momento que le digas todo lo que sepas. Te ama Luis?

ADE. Papá, esa pregunta, y hecha de esa manera... Sin embargo, ya que usted exige que sea sincera, le diré que sí.

LEON. Pero, hombre, se habrá visto desvergüenza mayor? Y te lo ha dicho alguna vez?

ADE. Si señor, mas de una.

LEON. (Respiro!) Y habeis tenido mas de una entrevista?

ADE. Si mal no recuerdo, son tres.

LEON. Pero, habrá bribon! Y cómo te lo ha dicho?

ADE. Papá, yo creo que como lo dirán todos los amantes; ha ponderado mi belleza; me ha dicho cosas bonitas...

LEON. Mire usted el santurrón! Y qué más?

ADE. Nada más; pero estoy segura de que me ama.

LEON. No me queda mas que ver.

ADE. Phs!... Calle usted, que ahí viene.

LEON. Sí; voy á convencerme por mí mismo. Haré como que me voy, dando un pequeño rodeo, y me oculto en ese ramaje, desde donde presenciare vuestra entrevista. (vase Don Leon.)

ADE. Pues bien, usted lo verá.

### ESCE NA IX.

ADELA y LUIS, despues DON LEON.

LUIS. Dispuesto á partir, mi primer cuidado ha sido preguntar por usted, y buscarla. Ante todo, suplico á usted que me diga qué es en esta casa.

ADE. Una persona de la familia.

LUIS. Así lo he creído, y desde este momento no puede usted imaginar cuán penosa me es esta separación.

ADE. No creo que esa pena sea tan grande, cuando usted puede librarse de ella muy fácilmente.

LUIS. (Cada vez me encanta mas esta mujer!)

LEON. (Ya estamos en acecho; vamos á oír.) (oculto entre el ramaje.)

LUIS. Señorita, su belleza y su talento me han seducido! Quién puede verla sin amarla? Lo que antes creía una rústica sencillez, ahora me parece una ingenuidad que me encanta.

LEON. (Habrá tunante!)

LUIS. Estoy resuelto á quedarme y á pedir su mano.

ADE. No, Luis, no quiero, ni puedo retenerle. Piensa usted que yo consentiría en una union, de la que podria un dia arrepentirse?

LUIS. Le juro á usted que la única dicha para mí, es la que usted puede otorgarme.

ADE. Renuncie usted á este amor, se lo suplico.

LUIS. Por Dios, no sea usted tan cruel...

LEON. (saliendo de su escondite.) (Ya no me contengo más.) Muy bien, señor don Luis; muy bien; con que esa es su indiferencia y su conversacion tan

fria! Digo, pues cuando usted se acalore, será cosa de oír.

LUIS. Pero qué quiere decir esto?

LEON. Quiere decir, que usted confiesa, ó niega la verdad, segun le acomoda; que usted galantea en secreto, y despues nos viene con misterios. Que usted, en fin, proceda de un modo conmigo, y de otro muy distinto con mi hija.

LUIS. Su hija! Esta señorita es su hija?

LEON. Hombre, creo que sí. Mi hija, mi Adela. Quién quiere usted que sea?

LUIS. (Demonio!)

ADE. Sí, yo soy esa señorita tan sosa y tan desabrida, á la que usted se dirigió de una manera tan modesta, tan sentimental y tan grave! (variando de tono.) Yo soy el ama de llaves vivaracha y atrevida, á la que el galanteador de oficio dirigia flores sin cuento. En cuál de los dos papeles me permite usted que le dirija la palabra?

LUIS. (Que á mí me haya sucedido esto? Estoy confundido!)

LEON. Nada, se acabó, esto no ha sido mas que una equivocacion, de lo cual me alegro. Adela le perdona, me consta. No es verdad que le perdonas?

### ESCE NA X.

Dichos, Doña ANGELITA y ROSARIO; detrás PABLO y SILVESTRE.

ANG. (á Rosario.) No me ruegues. Aquí está tu tío, él se encargará de llevarte...

LEON. Quién, yo? Te prevengo que ya no me encargo de nada.

ROS. Querido tío, sea usted mas compasivo que mi tía.

PAB. Si, caballero. Yo pido á usted mil perdones, y me arrepiento de haber sido causa involuntaria de algunos disgustos.

LUIS. Y si de algo vale mi intercesion, yo ruego á ustedes, que realicen hoy los deseos de Rosario y de Pablo.

ANG. No pueden cumplirse. Rosario tiene que casarse con Silvestre, ó de lo contrario pierde su fortuna, que así lo espresó su tío al hacerle el legado.

PAB. Yo no ambiciono riquezas, solo pido su mano.

ANG. No puede ser. Vamos, dí tú algo. (A D. Leon.)

LEON. Yo lo que te digo es, que me dejes en paz, y no me tientes la paciencia, pues no quiero mas ruidos. Ya arreglé lo que me importaba; ahora tú haz lo que mejor te parezca.

ADE. Vamos, mamá.

LUIS. Señora, mi amigo Pablo es hijo de una familia distinguida...

ANG. Si, todo lo que usted quiera, pero no puede ser lo que ustedes desean. Hace mucho tiempo que estaba concertado el enlace de Silvestre, y yo no puedo consentir en que ahora se desaire á mi hijo.

SIL. Pero, si á mí no me desairan!

LEON. Lo oyes?

ANG. (A Don Leon.) Calla tú; (A Silvestre.) y tú tambien; acaso sabe él lo que se dice?

LEON. Pues si él no lo sabe, lo sabremos nósotros.

ANG. Vaya, vaya, demasiado hemos hablado. (A Don Leon.) Tú, sales ahora mismo para Madrid y te llevas...

LEON. A tí, al Retiro.

ANG. Leon, no me irrites!...

LEON. Bah! esto se acabó; todo tiene fin, y esto lo vá á tener ahora mismo. Silvestre, quieres á Rosario?

SIL. Yo... francamente, no señor...

ANG. Silvestre!...

SIL. Bah! ya lo he dicho, no señor, y no señor. Lo quieren ustedes mas claro?

LEON. (A Doña Angelita.) Ya ves lo que te pregunta tu hijo, si lo quieres mas claro?

ANG. Ah! infames! Siempre serás un bestia.

LEON. Por fin le has reconocido!

SIL. Pues bien, bestia ó no bestia, no quiero casarme con Rosario. (á Pablo.) (Amigo mio, que le haga á usted buen provecho!)

ANG. Hay para matarle!

LEON. Sosiégate, esposa mia, y vámonos á almorzar. Esto felizmente ya se ha terminado; que Dios los haga á todos buenos casados, y á nosotros que nos dé la paz que hemos perdido por algunas horas.

Mas antes, con buenos modos,  
voy á ofrecerles en masa,  
á todos, esta mi casa,  
pues esta *Casa es de todos*

CAE EL TELON.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid 29 de Noviembre de 1865.

*El Censor de teatros,*

NARCISO S. SERRA.

PINTO:

IMPRESA DE G. ALHAMBRA, MONJAS, 8.

1867.

... con buenas modas  
... en mi casa  
... en esta casa de los...

**CAF. EJ. TERON**

**FIN. DE LA GOMERIA**

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que se  
represente en teatro. Madrid 20 de Noviembre de 1888.  
Ramon B. Serra

**PLATE**

... en esta casa de los...

Los cabezudos ó dos siglos des-  
pues, t. 1.  
La Calumnia, t. 3.  
Castellana de Laval, t. 3.  
Cruz de Maita, t. 5.  
Cabeza á pájaros, t. 1.  
Cruz de Santiago ó el magne-  
tismo, t. 3. a. y p.  
Los Contrastes, t. 1.  
La conciencia sobre todo, t. 3.  
Cocinera casada, t. 1.  
Las camaristas de la Reina, t. 1.  
La Corona de Ferrara, t. 5.  
Las Colegiales de Saint-Cyr, t. 5.  
La cantinera, o. 1.  
Cruz de la torre blanca, o. 3.  
Conquista de Murcia por don  
Jaime de Aragón, o. 3.  
Calderona, o. 5.  
Condesa de Senecy, t. 3.  
Caza del Rey, t. 1.  
Capilla de San Magín, o. 3.  
Cadena del crimen, t. 5.  
Campanilla del diablo, t. 4 y p.  
Mágica.  
Los celos, t. 3.  
Las cartas del Conde-duque, t. 2.  
La cuenta del Zapatero, t. 1.  
Casa en risa, t. 1.  
Doble cara, t. 1.  
Los dos Cosaris, o. 5.  
La dicha por un anillo, y mági-  
co rey de Lidia, o. 3. Mágica.  
Los desposorios de Ines, o. 3.  
Dos cerrajeros, t. 5.  
Las dos hermanas, t. 2.  
Los dos ladrones, t. 1.  
Dos rivales, o. 3.  
Las desgracias de la dicha, t. 2.  
Dos emperatrices, t. 3.  
Los dos ángeles guardianes, t. 1.  
Dos maridos, t. 1.  
La Dama en el guarda-ropa, o. 1.  
Los dos condes, o. 3.  
La esclava de su deber, o. 3.  
Fortuna en el trabajo, o. 3.  
Los falsificadores, t. 3.  
La feria de Ronda, o. 1.  
Felicidad en la locura, t. 1.  
Favorita, t. 1.  
Finezza en el querer, o. 5.  
Los ferias de Madrid, o. 6 c.  
Los Fueros de Cataluña, o. 1.  
La guerra de las mugeres, t. 10 c.  
Gaceta de los tribunales, t. 1.  
Gloria de la muger, o. 3.  
Hija de Cromwell, t. 1.  
Hija de un bandido, t. 1.  
Hija de mi tío, t. 2.  
Hermana del soldado, t. 5.  
Hermana del carretero, t. 5.  
Las huérfanas de Amberes, t. 5.  
La hija del regente, t. 5.  
Las hijas del Cid ó los infantes  
de Carrion, o. 3.  
Hija del prisionero, t. 5.  
Herencia de un trono, t. 5.  
Los hijos del tío Tronera, o. 1.  
Hijos de Pedroel grande, t. 5.  
La honra de mi madre, t. 2.  
Hija del abogado, t. 2.  
Hora de cenitela, t. 1.  
Herencia de un paciente, t. 2.  
Las intrigas de una corte, t. 5.  
La ilusión ministerial, o. 5.  
Joan y el zapatero, o. 1.  
Juventud del emperador Car-  
los V, t. 3.  
Jorobado, t. 1.  
Ley del embudo, o. 1.  
Limosna y el perdón, o. 1.  
Loca, t. 1.  
Loca, ó el castillo de las siete  
torres, t. 5.  
Muger eléctrica, t. 1.  
Modista aferez, t. 1.  
Mano de Dios, o. 3.  
Mozza de meson, o. 3.  
Madre y el niño siguen bien,  
t. 1.  
Marquesa de Senelierre, t. 3.  
Los malos consejos, ó en el pe-  
so de la penitencia, t. 3.  
La muger de un proscrito, t. 5.  
Los mosqueteros de la reina, t. 3.  
La mano derecha y la mano iz-  
quierda, t. 1.

Los misterios de París, primera  
parte, t. 6 c.  
Idem segunda parte, t. 5 a.  
Los Mosqueteros, t. 6 c.  
La marquesa de Savanee, t. 3.  
Mendiga, t. 1.  
Noche de S. Bartolomé de 1572,  
t. 5.  
Opera y el sermón, t. 2.  
Pomada prodigiosa, t. 1.  
Los pecados capitales, Mágica, o. 4.  
Percances de un cartista, o. 1.  
Penitentes blancos, t. 2.  
La paga de Navidad, zarz. o. 1.  
Penitencia en el pecado, t. 3.  
Posada de la Madona, t. 4 y p.  
Lo primero lo primero, t. 5.  
La pupila y la pendola, t. 1.  
Prolegia sin saberlo, t. 2.  
Los pastetes de Maria Michon, t. 1.  
Prusianas en la Lorena, o. la  
honra de una madre, t. 5.  
La Posada de Curriolo, o. 1.  
Perla sevillana, o. 1.  
Primer escapatoria, t. 2.  
Prueba de amor fraternal, t. 2.  
Pena del latido ó venganza de  
un marido, o. 5.  
Quinta de Verneuil, t. 5.  
Quinta en venta, o. 3.  
Lo que se tiene y lo que se pierde,  
t. 1.  
Lo que está de Dios, t. 3.  
La Reina Sibilá, o. 3.  
Reina Margarita, t. 6 c.  
Rueda del coquetismo, o. 2.  
Roca encantada, o. 4.  
Los reyes magros, o. 1.  
La Reina de encina, t. 5.  
Subyana ó la gracia de Dios,  
t. 1.  
Selea del diablo, t. 2.  
Serenata, t. 1.  
Sesentona y la colegiala, o. 1.  
Sombra de un amante, t. 1.  
Los soldados del rey de Roma, t. 2.  
Templarios, ó la encomienda  
de Avión, t. 1.  
La tasa rota, t. 1.  
Tercera dama-duende, t. 3.  
Toca azul, t. 1.  
Los Trabucaires, o. 5.  
Últimos amores, t. 2.  
La Vida por partida doble, t. 1.  
Viuda de 15 años, t. 1.  
Victima de una vision, t. 1.  
Vieja y la disfanta, t. 1.  
Mauricio ó la favorita, t. 2.  
Mas vale tarde que nunca, t. 1.  
Muerto civilmente, t. 1.  
Memorias de los jóvenes casados,  
t. 1.  
Mi vida por su dicha, t. 3.  
Maria Juana, ó las consecuencias  
de un vicio, t. 5.  
Martin y Bambuche ó los amigos  
de la infancia, t. 9 c.  
Mateo el veterano, o. 3.  
Marco Tempesta, t. 3.  
Moria de Inglaterra, t. 5.  
Margarita de York, t. 5.  
Maria Remont, t. 3.  
Mauricio, ó el medico generoso,  
t. 2.  
Malt, ó la insurreccion, o. 5.  
Monte Seglar, o. 5.  
Miguel Angel, t. 3.  
Megani, t. 2.  
Maria Calderon, o. 6.  
Marianna la vivandera, t. 5.  
Misterios de basigores, segunda  
parte, zarz. 1.  
Musica y versos, ó la casa de  
huéspedes, o. 1.  
Mallorca cristiana, por don Sa-  
me I de Aragón, o. 6.  
Maruja, t. 1.  
Ni ello es ella ni él es él, ó el ce-  
pila Mendoza, t. 2.  
No ha de tocarse á la Reina, t. 2.  
Nuestra Sra. de los Arzobis, ó el  
castillo de Villemeuse, t. 5.  
Nunca el crimen queda oculto ó  
la justicia de Dios, t. 6 c.  
Noche y día de oraxuras, ó los  
galanes duendes, o. 3.

No hay miel sin hiel, o. 5.  
No mas comedias, o. 3.  
No es oro cuanto reluce, o. 3.  
No hay mal que por bien no ven-  
ga, o. 1.  
Ni por eso!! o. 3.  
Ni tanto ni tan poco, t. 3.  
Ojo y nariz!! o. 4.  
Olimpia, ó las pasiones, o. 3.  
Otra noche toledana, ó un caba-  
llero y una señora, t. 1.  
Percances de la vida, t. 1.  
Perder y ganar un trono, t. 4.  
Paraguas y sombrillas, o. 1.  
Perder el tiempo, o. 1.  
Perder fortuna y privanza, o. 3.  
Pobresa no es riqueza, o. 4.  
Pedro el negro, ó los bandidos de  
la Lorena, t. 3.  
Por no escribirle las señas, t. 1.  
Perder ganando ó la batalla de  
damas, t. 5.  
Por tener un mismo nombre, o. 1.  
Por tenerle compasion, t. 1.  
Por quitientos florines, t. 1.  
Por ocultar un delito aparecer  
criminal, o. 2.  
Percances matrimoniales, o. 3.  
Por casarse, t. 1.  
Pero Grullo, zarz. o. 3.  
Por camino de hierro, o. 1.  
Por amar perder un trono, o. 5.  
Pecado y penitencia, t. 5.  
Pérdida y hallazgo, o. 1.  
Por un saludito, t. 1.  
Quién será su padre? t. 2.  
Quien reira el ultimo? t. 1.  
Querer como nos costumbre, o. 3.  
Quien piensa mal, mal acierta,  
o. 3.  
Quin ó hierro mata... o. 1.  
Reinar contra su gusto, t. 5.  
Rubia de amor!! t. 1.  
Roberta Hobari, ó el cardugo del  
rey, o. 3. a. y p.  
Rudi, ó fensor de los derechos  
del pueblo, t. 5.  
Recurdel negociante, t. 3.  
Recuerdos del dos de mayo, ó el  
atajo de Ceclavin, o. 1.  
Rita la española, t. 5.  
Ruy Loye-Dobulos, o. 3.  
Ricardo y Eurina, o. 5.  
Ronanelli, ó por amar perder la  
honra, t. 4.  
Si acabar los enredos? o. 2.  
Sin empleo y sin muger, o. 1.  
Santi tonis burati, o. 1.  
Ser amada por sí misma, t. 1.  
Sitar y vencer, ó un día en el  
Escorial, o. 1.  
Sobrecillos y congojas, o. 5.  
Seis cabezas en un sombrero,  
t. 1.  
Tom-Pus, ó el marido confiado,  
t. 1.  
Tanto por tanto, ó la capa roja,  
t. 1.  
Trapisondas por bondad, t. 1.  
Todos son raptos, zarz. o. 1.  
Tía y sobrina, o. 1.  
Tener su eterna desdicha ó un  
caso de conciencia, t. 5.  
Valentina Valentona, o. 1.  
Vicente de Paul, ó los huérfanos  
del puente de Nuestra Señora,  
t. 6. a. y p.  
Un buen marido, t. 1.  
Un cuarto con dos camas, t. 5.  
Un Juan Lanza, t. 1.  
Una cabeza de ministro, t. 1.  
Una Noche de la intemperia, t. 1.  
Un bravo como hay muchos, t. 1.  
Un Diablillo con falda, t. 1.  
Un Partido millonario, t. 2.  
Un Avaro, t. 2.  
Un Casamiento con la mano iz-  
quierda, t. 2.

Un padre para mi amigo, t. 2.  
Una bromita pasada, t. 2.  
Un susquejero de Luis XIII,  
t. 2.  
Una cía de libertad, t. 5.  
Uno de tantos eridones, t. 3.  
Una cura por homeopatia, t. 3.  
Un casamiento á son de caja,  
ó los dos vivanderas, t. 3.  
Un error de ortografía, o. 3.  
Una conspiracion, o. 1.  
Un casamiento por poder, o. 1.  
Una actriz improvisada, o. 1.  
Un tío como otro, cualquiera,  
o. 1.  
Un motin contra Esquilache,  
o. 3.  
Un corazón maternal, t. 3.  
Una noche en Venecia, o. 4.  
Un viaje á América, t. 3.  
Un hijo en busca de padre, t. 2.  
Una esclavada, t. 2.  
Un matrimonio al vapor, o. 1.  
Un soldado de Napoleón, t. 2.  
Un casamiento provisional, t. 1.  
Una audiencia á ratos, t. 5.  
Un quinto y un padrino, t. 1.  
Un mal padre, t. 3.  
Un rival, t. 1.  
Un marido por el amor de Dios,  
t. 1.  
Un amante aborrecido, t. 2.  
Una intriga de molinos, t. 1.  
Una mala noche pronto se pasa,  
t. 1.  
Un imposible de amor, o. 3.  
Una noche de enredos, o. 1.  
Un marido duplicado, o. 1.  
Una consejera criminal, t. 3.  
Una Reina y su favorito, t. 5.  
Un rapto, t. 3.  
Una encomienda, o. 5.  
Una romántica, t. 1.  
Un Angel en las boas diétras, t. 1.  
Un cuate designado, o. 3.  
Una dicha merecida, o. 1.  
Una crisis ministerial, t. 1.  
Una Noche de misuras, o. 5.  
Un insulto personal ó los dos co-  
rantes, o. 1.  
Un desengano á mi edad, o. 1.  
Un Pacto, t. 1.  
Un hombre de bien, t. 2.  
Una deuda sagrada, t. 1.  
Una preocupación, o. 3.  
Un embuste y una boda, zarz. o. 2.  
Un tío en las Californias, t. 1.  
Una tarde en Oseña ó el reser-  
vado por fuerza, t. 5.  
Un cambio de paternisco, o. 1.  
Una sospecha, t. 1.  
Un abuelo de cien años y otro de  
diez y seis, o. 1.  
Un hermo del Avapies (parodia de  
un hombre de Estado), o. 1.  
Un Caballero y una señora, t. 1.  
Una cadena, t. 5.  
Una Noche delictiva, t. 3.  
Yo por vos y vos por otro! o. 5.  
Ya no me caso, o. 1.

ADVERTENCIAS.

En primera, casi siempre manifiesta las  
mugeres que cada comedia tiene, y la  
segunda los Hombres.  
Las letras O y T que acompañan á  
cada título, significan si es original ó  
traducido.  
En la presente lista están incluidas  
las comedias que pertenecieron á don  
Ignacio Boix y don Joaquín Merás, que  
en los repetitorios Nueva Galería y  
Nuevo Dramático se publicaron, cuya  
propiedad adquirió el señor Lalama.  
Se venden en Madrid, en las librerías  
de PEREZ, calle de las Carretas;  
QUEST, calle Mayor.  
En Provincias, en casa de sus Cor-  
responsales.

MADRID: 1865.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,  
Calle del Duque de Alca, n. 13.

